

SEÑAS DE IDENTIDAD

EN aquellos tiempos era fácil saber quién era quién. "Yo soy de derechas de toda la vida", gritaba alguien: se le identificaba inmediatamente como izquierdista aterrizado, tratándose de salvar de las depuraciones. Si el interlocutor respondía, benévolutamente, "pues yo, en el fondo, soy un liberal", habla que temerle todo de él. Era una modestia de fascista. Un tiempo más allá, Simone de Beauvoir explicaba que la forma más fácil de saber que alguien era de derechas, era oírle proclamar que era de izquierdas. Se suponía que la izquierda era elegante e inteligente, más o menos divina. Ser de derechas era ordinario, de mal gusto.

Ahora, los demócratas de verdad no quieren decir que son demócratas. "Yo no soy demócrata", proclama Antofita Colomé en el primero de los fascinantes programas de historia del cine que hace Diego Galán en televisión. Es interesante, porque lo ha sido siempre. Ella añade: "... por lo menos, de los de ahora", y se proclama "izquierdosa". Porque tampoco es fácil decir que se es, simplemente, de izquierdas. Casi se disculpa de esa condición por vía de naturaleza: Si todos tenemos cinco mil glóbulos rojos en la sangre, yo debo tener cinco mil quinientos". De todas formas, los ha contado mal: son muchos más.

En todo caso, la cuestión sigue consistiendo en no decir nunca lo que se es. Como si estuviera mal visto, se sea lo que se sea. Tal semanario nuevo, ideado y promocionado por el Partido Comunista, oculta la palabra y se proclama pluralista, unitario y abierto. Lo cual, piensa uno, no debe estar en contradicción con ser comunista poscongresario. Tal gran derecha niega que es gran derecha. Y no lo niega por grande, que no sería más que un reconocimiento de la verdad, sino por derecha, y eso es otro ocultamiento. Areilza, en Cáceres, clama que "la gran derecha ha sido una locución que no utilizan nunca los políticos a los que se nos adjudica la pertenencia a ella. Es la creación de algún enemigo de esta opción política". Está claro que sólo un enemigo de la derecha puede llamar derecha a la derecha. Areilza dice que a su conjunción de fuerzas quiere llamarla desde ahora "nueva mayoría", lo cual es muy interesante, puesto que es una minoría, incluso una minoría ínfima, lo que corrobora la idea de que a la gente política siempre le gusta que le llamen lo contrario de lo que es, dentro de unos límites. "Yo tampoco creo en la gran derecha", dice Fraga Iribarne, camino de Huelva: "Creo que es un término lanzado con fines equívocos". Otra vez el enemigo, llamando derecha a la derecha: el enemigo ha perdido todo pudor.

Se ha infiltrado ese enemigo en una encuesta de opinión pública que circula por Madrid y recoge algún periódico ("ABC"). Este enemigo hace que en la gradación de políticos, de izquierda a derecha, Fraga aparezca en el extremo derecho. En esta encuesta se dice que los políticos, de izquierda a derecha, estarían situados así: Carrillo, Felipe, Tierno, Areilza, Garrigues, Fernández Ordóñez, Suárez, Osorio, Federico Silva y Fraga Iribarne. Y dice también que si se votase hoy, el PSOE tendría el 24 por 100 de los votos; UCD, el 17; PSP, el 8; PCE, el 7; AP, el 5,3, y Fuerza Nueva, el 1,3. Los demás, hasta 100, no saben, no contestan: están, naturalmente, perplejos. La nueva mayoría de Areilza no aparece por ningún sitio, como si de gran minoría se tratase. Quizá sus huéspedes estén entre los perplejos.

¿Quién ha hecho la encuesta? Está encargada, dice el periódico, por un grupo de personas de significación política y económica. Sin duda enemigos de todos. Si no, no se empeñarían en identificar a los inidentificables. ■

POZUELO

pueblo malagueño, cuando un joven intentó colocar una bandera verdiblanca en el edificio—, un ultra cometió un doble asesinato. Ese mismo ultra fue detenido, armado, el día de la manifestación del 4 de diciembre.

El viejo régimen está presente en los máximos órganos de la preautonomía. Basta repasar quiénes son los representantes de las Diputaciones. Y menos mal que el señor Cantos Gallardo, durante veinte años alcalde de Marbella, y diputado provincial, ya ha dimitido. Y está la UCD, con alas que defienden partir en dos a Andalucía, tendencias que se detectan en Almería y Granada, aunque sin muchos seguidores. Quiénes de toda la vida han defendido a **marchamartillo** la unidad monolítica de España resulta que son ahora partidarios de dos Andalucías.

El problema es grave para Andalucía en el momento de haber aceptado un poder sin fuerza. La izquierda parlamentaria, especialmente el PSOE, puede quemarse en esta aventura de intentar algo que parece muy difícil: liberar a Andalucía con un régimen preautonómico interclasista; con unas estructuras de partidos estatales, cuyos intereses son distintos según las regiones o nacionalidades. Los partidos de la derecha no tendrán las mismas dificultades porque se mantendrá la dialéctica entre países ricos y países pobres. La izquierda, con los mismos compromisos teóricos en todos los pueblos del Estado español, se encontrará con la tarea de combinar los intereses de los socialistas de Andalucía con los de Cataluña,

que, hoy por hoy, hasta que la solidaridad no nos demuestre lo contrario, son distintos, porque muy diferentes son los intereses y el trato que se está dando a unos y otros pueblos. Unos son nacionalidades y otros regiones, según interese a la madurez de la clase política de cada lugar.

Pero la liberación de Andalucía, esto lo tiene muy claro el hombre de la calle, no se consigue con un órgano, atado de pies y manos por Madrid, en el que probablemente se quemen hombres que hasta aquí han demostrado, desde partidos distintos, luchar por sacar a su pueblo de esta situación. Cualquiera que recorra las principales carreteras de Andalucía verá ahora en algunos pueblos (Osuna, Archidona, El Arahál...) filas de hombres quitando hierba, limpiando los arceles. Es la respuesta del Gobierno al paro en Andalucía: el empleo comunitario para financiar el orden público. Miles de millones perdidos en quitar hierba de las carreteras, en arreglar caminos vecinales... No es este el camino de la liberación. Este habrá que buscarlo en una autonomía que reforme profundamente las estructuras, que responda de una vez a la cuestión de la tierra. No parece que un Gobierno preautonómico andaluz, con siete ministros socialistas y seis de derechas (UCD), y con otro Gobierno en Madrid que defiende la economía libre de mercado, pueda dar la respuesta adecuada que hoy precisa Andalucía, o Canarias, Galicia, Extremadura..., que se encontrarán en la misma encrucijada. ■

A. RAMOS ESPEJO.

Catalunya

Y ahora, Pablo Iglesias

Pocos políticos disponen del agudo sentido de la oportunidad periodística que demuestra poseer Jou i Fonollá, dirigente histórico de la Federación Catalana del PSOE y miembro del Comité Federal a nivel de Estado.

COMPRIENDIENDO que con la marcha a Madrid de la cabecera del PSUC para intervenir en el IX Congreso del PCE quedaba libre en Catalunya, por lo menos por una preciosa semana, el campo abonado de la polémica sobre si se trataba o no de defenestrar a Lenin, Jou despertó sobresaltados a los militantes socialistas la tranquila mañana del domingo 16 de abril con un artículo titulado "La defenestración de Pablo Iglesias", que puede llegar a costarle su expulsión del partido.

Cuando parece que será posible

encontrar en el mes de julio la fecha definitiva para el Congreso de unificación de los socialistas catalanes "que están condenados a entenderse", como dice Felipe González; cuando se garantiza ya la asistencia de personalidades como François Mitterrand, que cruzarán la frontera para bendecir esa feliz unidad; cuando nadie duda de la incorporación al tren unitario, aunque sea en la última estación, de los restos del partido fundado por Josep Pallach y de los escasos seguidores del profesor Tierno en Catalunya, Jou i Fonollá ha descubierto